

Al fin, en aquel combate ferocísimo, triunfó la vida, considerando todos, así el médico como la familia, que mi salvación era un verdadero milagro. Al cabo de las cuatro semanas, amanecí un día limpio de calentura, y comencé á hablar, preguntando por mis libros, por D. Bernabé, que que había sido la pesadilla constante de mis delirios, por mis hermanas, por mi hermano menor, encantadora criatura de pocos meses, á quien mi madre criaba á sus pechos entre aquellas zozobras; y al verlos á todos alrededor de mi cama, y al ver el sol á través de los cristales del balcón, y al oír la voz robusta de mi padre, que me decía no me acordase de libros, ni temiese al domine con quien no volvería á estudiar más, sentí algo así como una resurrección, una nueva toma de posesión de la vida, que hubiese abandonado por tiempo que no sabía calcular.

¡Cuántos dulces encantos encierran esas resurrecciones, que se llaman convalecencias, cuando la mano de una madre amantísima satisface todos los caprichos y templa todas las impacencias! Circundado de almohadas en la cama, era un pequeño déspota para cuantos me rodeaban, que habían de traerme cien cosas que reclamaba, entretenerme de mil maneras, y sufrir mis enfados y displicencias con resignación. Mi mayor delicia era distraer el mal humor que siguió á la enfermedad, haciéndome contar historietas por mi madre, que se pasó interminables horas refiriéndome multitud de anécdotas, cuentos, chascarrillos, consejas, juegos de palabras y cuanto la buena señora había oído de niña en el pueblo, donde como en todos los de aquella parte de Castilla, existe un fondo riquísimo de tradiciones, que el día que se recojan cuidadosamente y se exornen con las galas de la literatura, constituirán una de las más brillantes manifestaciones del arte popular.

Ella, por distraerme y verme reír, después de

haberme creído muerto tantas veces en aquellas cuatro semanas de perpétua crisis, poniendo en tortura su imaginación, inventaba mil casos estupendos, de enanos que cada día crecían media vara y lograban al fin tocar las campanas de las iglesias desde el suelo, ó de gigantes que menguando, menguando con los filtros de algún sabio encantador, se hacían tan chiquitos como una lenteja, y se metían por las cerraduras de las puertas para robar las infantas, hijas del rey, y llevárselas á los caballeros que estaban en la guerra del moro. Pero mi convalecencia duró más que sus recursos, y me aburría, y bostezaba, y concluía por enfadarme tontamente, cuando la santa casualidad hizo que por bajo de la puerta echasen las primeras entregas de una novela que se publicó de este modo, que entonces se inauguraba, y tanto ha contribuido á generalizar la lectura en España y á corromper el gusto literario de nuestro pueblo y hasta las más brillantes disposiciones de algunos escritores. Titulábase aquella novela *Las Hijas del Cid*, y mi madre, que me la trajo á la cama, donde no me retenía ya el mal, sino la debilidad indecible que éste me produjo, hubo de sufrir la pena de su improvisación, pues la obligué á leérmela, con tanto entusiasmo de mi parte, que la hacía repetir cien veces los más interesantes pasajes, llenos de esa grandeza y poesía sin igual, que anima las crónicas de aquel famoso caballero, avaloradas por la narración sencilla y correcta con que ha vertido el romancero en este libro, su distinguido autor Antonio Trueba.

Toda la vida he conservado con religioso respeto esta obra, perfectamente encuadernada, en mi librería, porque ella me inició en las lecturas amenas é instructivas; ella exaltó en ocasión bien propicia mis sentimientos patrióticos y mis instintos democráticos, de que era espejo para mí entonces aquel Rodrigo sublime, mi paisano,



que humilla al rey haciéndole jurar tres veces en sus manos antes de darle la corona, y trata á los infantes de Carrión, apaleadores de sus hijas, como á rufianes; ella, por fin, y este es su principal mérito á mis ojos, me recuerda en cada una de sus páginas el amor y la paciencia de mi madre, cuya voz argentina parece como que brota todavía de entre sus páginas, hiriendo mis oídos con modulaciones de ultratumba.

Al cabo, recobradas las fuerzas un tanto, á los veintiocho días justos de caer en cama, pude abandonarla, saliendo de ella en brazos de mis padres, convertido en una especie de esqueleto, recubierto de una piel amarillenta, terrosa, salpicada de manchas negruzcas, que denunciaban toda la gravedad del mal que había sufrido; los primeros días los pasé sentado junto al balcón, sin apenas moverme, mirando discurrir la gente por la hermosa plazoleta del Príncipe, en que las acacias se cubrían de hojas, bajo cuya sombra correteaban los muchachos, produciéndome un deseo vehementísimo de salir de mi cárcel y lanzarme como ellos al movimiento y alegría de la vida.

En vano, sin embargo, hacía esfuerzos por andar en mi habitación; las piernas no me querían tener de pie, y había de sentarme otra vez fatigado y sudoroso, entreteniéndome en probar el alcance de mi vista en los carteles anunciadores de viajes de los barcos de vapor, que comenzaban entonces á regularizar el servicio postal á las Antillas.

Así pasé todavía otra semana, hasta que el buen régimen alimenticio, el vino de Jerez, y, sobre todo, la edad, se sobrepusieron á la dolencia, recobrando las fuerzas con rapidez tan grande, que pude ya salir de casa el domingo, del brazo de mi padre. ¡Qué espectáculo para mí las calles, el reloj de esfera negra de la casa de Ayuntamiento, el de esfera blanca de la Catedral, los

barcos de la Ribera y la fila de elegantes casas del muelle! Todo me parecía, incluso el cielo azul, la mar verdosa, el aire cargado de los picantes aromas del marisco, recién salido de las manos de Dios para mi uso particular y sostenimiento de una nueva vida que fluía á borbotones en mi organismo.

A todo esto estábamos á primeros de Mayo, y antes de encontrarme del todo bien, se aproximó Junio. ¿Cómo volver donde el odioso domine, para sufrir unos cuantos días más sus vapuleos y afrentas, puesto que no debía examinarme entonces? Además, los delirios del tifus, en que la siniestra figura de D. Bernabé me había atormentado ferozmente, habían concluido por hacerme aborrecible, rehuendo cuanto pude volver al Instituto para caer en sus garras.

Todo, por fortuna, lo arregló mi padre, gracias á la bondad del director de aquel establecimiento. Un joven sumamente discreto, decaído de posición, me repasó aquel verano en casa la asignatura, á que bajo sus indicaciones, tomé, por fin, afición, logrando traducir medianamente el Salustio, que era el autor favorito de D. Bernabé, más aún que atraído por las sublimidades del estilo, deseoso de completar las noticias que daba del carácter extraordinario de Catilina y de las tendencias revolucionarias de su famosa conjuración contra la República aristocrática de Roma. Y, cuando en Septiembre, entre los suspensos y rezagados, me presenté á examen, el domine, no sé si en consideración á mi cruel enfermedad, ó por otras razones tocantes á la reforma radical que la enseñanza y hasta el mobiliario del Instituto sufrieron en aquellos días, no fué duro conmigo, limitándose á mirarme con fiereza y amenazarme con la mano, aprobándome, finalmente, y no con la última nota.

A los pocos días, nuevos estudios más conformes á mis aficiones; nuevos catedráticos, más hu-



manos y más propios de la cultura del siglo, me hicieron olvidar á D. Bernabé y sus crueles tratamientos, que fui el último en experimentar con mis compañeros de aquel curso. Porque en el nuevo que se inauguraba, la clase de D. Bernabé sufrió, como las demás, una transformación completa, desapareciendo los bancos de cartagineses y romanos, que habíamos puesto relucientes con nuestros pantalones, para ser sustituidos con elegantes y cómodas graderías de respaldo y pupitre; desapareció la carcomida mesa para ser reemplazada por una elevada cátedra pintada imitando al nogal, con su buena butaca de guta-percha para el profesor; desaparecieron las varas de acebo, la palmeta de haya y las disciplinas de cuero; desapareció, por último, el método del palo, de la sangre y del ayuno de D. Bernabé, para inaugurar el actual de reprensiones y expulsión.

El espíritu bravío y las viejas mañas de don Bernabé, no pudieron resistir mucho tiempo aquella ruda transformación, que se le impuso. Colgado en su cátedra, parecía una fiera encadenada en su cubil, y la violencia que había de hacer sobre sus nervios para adaptarse al nuevo método de blandura, le producía continuos ataques de bilis, que se le derramaba en la boca mezclándose á una saliva viscosa y negruzca para transformarse en palabras de cólera y protesta y en terribles amenazas, que amedrentaban á sus discípulos. Al fin del curso era una sombra de sí mismo, y, cuando por acaso le encontramos un día de las vacaciones en el paseo algunos amigos que andábamos correteando, olvidando sus durezas con nosotros, al verle tan decaído y flaco nos acercamos á saludarle, nos habló con tanto sentimiento de lo que sucedía, y de la relajación de los tiempos que alcanzaba, que no parecía sino que consideraba un crimen social el haberle quitado su extraño derecho de atormentar criaturas,

sermón bizarro que aún me repugnó más que el vaho de aguardiente que desprendía su aliento, y me explicó muchas cosas horribles que yo había visto en su clase.

Al otro curso, ya comenzó á faltar á clase, pasando algunos días sentado en su cama, recitando el Nebrija y gruñendo contra las reformas de la enseñanza, hasta que, agravándosele las hemorroides y la alcoholización, á que para olvidar sus penas se había á última hora furiosamente entregado, sucumbió en el invierno, murmurando su apotegma de que la letra con sangre entra.

Hízosele un suntuoso entierro, como el decano que era de los profesores, dejando tras sí una fama muy discutida; pues mientras unos le exaltaban, recordando los buenos latinistas que de su clase habían salido, otros le tildaban de bárbaro y cruel por los feroces castigos con que afligió á los estudiantes. Hasta entre estos últimos estaba dividida la opinión; empero, la mía, fué desde el primer momento de resuelta condenación para aquel hombre, sin mujer, sin hijos, sin afecciones, especie singular de islote yermo, sin más objeto ni ocupación en la vida que martirizar á la juventud en la época de sus más espontáneas y puras alegrías, con el pretexto fútil de aleccionarla en una lengua muerta, que dudo él supiera bien, dado lo mal que hablaba la suya propia.

Muchas veces expresé esta opinión con vehemencia, protestando así del maestro como de sus feroces procedimientos de enseñanza, prometíendome encuadrar, como hoy lo hago, entre mis desaliñados bocetos de tipos que fueron, para execración general de la barbarie escolar, la silueta fúnebre y tétrica del último domine; que esto fué, y no más, reducidas las cosas á sus justas medidas y proporciones, este D. Bernabé de mis angustias juveniles:

No obstante, al dejarle repodrirse en su tumba,



con sus varas, su palmeta y sus disciplinas, que por mandamiento suyo expreso colocaron junto á su cadáver en el ataúd, aún recogiendo todas las cóleras que en mí sobrecitó con sus insultos, todos los dolores que me hizo sentir con sus castigos, y todos los sobresaltos y miedos que me hizo sufrir su iracundia, mi corazón no puede maldecirle. Junto á su siniestra cara, al lado de su silueta formidable, aparecen en mis recuerdos, rodeándole, rostros de ángel que se desvanecieron en la nada del sepulcro, figuras encantadoras que pasaron como una sombra ante mis ojos, seres queridísimos, cuyas voces argentinas, me dicen desde allá arriba: ¡Perdón! ¡Perdón!

Y mi corazón le perdona, ¿pues qué sería la vida sin el supremo sentimiento de la piedad, que extiende la misericordia de las almas generosas hasta sobre los que nos hicieron padecer, inconscientes enviados quizá de alguien que en la sombra de lo invisible empuja las generaciones, por la senda del dolor, que obliga á meditar, á las cumbres rosadas del Bien y del Progreso?

RAMÓN CUEVAS.

Madrid, 24 de Julio de 1892.

